

¿En búsqueda de la inestabilidad? Refugiados y desplazados en Oriente Medio

Gemma Pinyol

Coordinadora Programa Migraciones
Fundació CIDOB, Barcelona

Los movimientos de personas son una característica histórica fundamental en Oriente Medio, y en los últimos sesenta años –desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con la creación de Israel y el fin de los protectorados– han afectado a un número considerable de personas. La región ostenta, además, el trágico récord de ser la región con mayor densidad de refugiados del mundo. Un récord que adquiere dimensiones especialmente notables cuando se tiene en cuenta el reducido espacio –básicamente en la zona de Gaza y en Jordania– en el que se concentran los cerca de cuatro millones de refugiados que las Naciones Unidas protegían en la región en 2007¹. La situación post-invasión en Irak, las hostilidades entre Israel y el Líbano en 2006 o algunas de las acciones del ejército de este último país, confirman la importancia del fenómeno de las migraciones forzadas en la región. En general, los países de la zona presentan porcentajes de población extranjera de alrededor del 15%, y tanto en Jordania como en el Líbano y Siria, más de la mitad de este porcentaje corresponde a población refugiada².

En general, los refugiados y desplazados han sido considerados las víctimas «colaterales» de unos conflictos que requerían de una solución que no llegaba; en muchas ocasiones han sido tratados como moneda de cambio para alcanzar acuerdos y en otras se ha construido un discurso de apoyo a los mismos más

formal que real. En los últimos años, sin embargo, se ha constatado cómo, progresivamente, se convertía al refugiado y, especialmente al desplazado, en un instrumento de inestabilidad política. En el propio Estado o en el vecino, los actores enfrentados parecen haber descubierto las posibilidades de utilizar a los refugiados y desplazados como factores de desestabilización, convirtiéndolos en víctimas de una migración concebida para ser forzada.

Líbano: a vueltas con los desplazados

Los bombardeos del sur del Líbano el verano de 2006 son un ejemplo de esta utilización de los refugiados y desplazados, como también lo son los ataques que el Gobierno libanés empezó en mayo de 2007 contra los campos de refugiados palestinos. En el caso de los desplazados iraquíes es evidente que, además de ser víctimas individuales y víctimas de la reubicación étnica, han sido instrumentalizados como factores para ahondar en la inestabilidad política del país.

Durante la denominada «Guerra de julio» (o Segunda guerra libanesa) del verano de 2006, el ejército israelí avisaba con antelación de sus bombardeos a los pueblos libaneses, con el objetivo de permitir a la población civil que abandonara los pueblos antes de ser atacados. Con estas maniobras, el ejército israelí limitaba el número de bajas civiles, a la vez que generaba un notable flujo de refugiados y, sobre todo, desplazados internos que extendían la dureza y brutalidad del conflicto más allá de las zonas bom-

¹ Por su complejidad y las limitaciones de espacio, este artículo deja conscientemente al margen otros movimientos de refugiados y desplazados existentes en Oriente Medio. A pesar de su importancia e interés, ni los casos de Israel, Irán o Palestina son objeto de estudio en este espacio.

² Las cifras de refugiados son siempre estimativas, lo que supone que, al margen de los refugiados que están en campos o bajo la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), el número de personas que requieren de protección internacional no siempre se conoce. Esto mismo sucede, aún en mayores proporciones, en el caso de los desplazados, que además no cuentan con la posibilidad de ser protegidos por el ACNUR, lo que aún incrementa más su situación de indefensión.

bardeadas. Al finalizar los 33 días de intervención militar, alrededor de 300.000 israelíes habían abandonado sus casas en territorio fronterizo, y las Naciones Unidas estimaban que cerca de 700.000 libaneses se habían desplazado de sus casas, buscando refugio en otras zonas del país mientras otros 200.000 libaneses se habían dirigido a territorio sirio. El proceso de retorno de estos más de 900.000 desplazados libaneses fue especialmente complicado y lento, en tanto que los bombardeos habían afectado severamente a las infraestructuras libanesas y que la cifra de desplazados significaba un 20% de los tres millones y medio de libaneses residentes en el país. Si bien un mes después, en agosto de 2006, las Naciones Unidas constataban que la mayor parte de los desplazados libaneses habían vuelto a sus hogares, lo cierto es que dicho retorno no se producía con la misma celeridad en algunas regiones del país que en Beirut y sus alrededores. El lento retorno de los desplazados puso de manifiesto, en cualquier caso, la necesidad de un profundo proceso de reconstrucción nacional, en la medida que la mayoría de estos volvían a pueblos destrozados, terrenos agrícolas sembrados de minas, casas inhabitables y nulos servicios básicos como luz, agua potable o medicamentos. Por otro lado, determinados puntos del sur del Líbano continuaban deshabitados por miedo a las bombas de racimo que quedaron sin explotar después de la contienda.

En general, los refugiados y desplazados han sido considerados las víctimas «colaterales» de unos conflictos que requerían de una solución que no llegaba

Aún visibles las consecuencias de 2006, en mayo de 2007 los ataques del ejército libanés a los campos de refugiados palestinos volvieron a poner de manifiesto la vulnerabilidad de los desplazados y su instrumentalización. Con el objetivo de debilitar al grupo islamista Fatah al-Islam, al que se responsabilizaba de los atentados a la cercana ciudad de Ain Alak de mayoría cristiana, el campo de Nahr al-Bared (y en menor medida el de Ain al-Hilweh) fue bombardeado por el ejército libanés. Hasta septiembre de 2007, cuando se dieron por finalizadas las hostilidades, los

cerca de 30.000 refugiados palestinos que residían en estos campos fueron utilizados para presionar a Fatah al-Islam y para intentar debilitar el supuesto apoyo que, desde los campos de refugiados, se prestaba a esta organización.

Irak: la perpetuación de la inestabilidad

A pesar de ser uno de los casos más recientes, los desplazados y refugiados libaneses son sólo una pieza más en el complejo puzzle de los movimientos forzados de población en Oriente Medio. Irak es, en la actualidad, uno de los ejemplos más evidentes de cómo la inestabilidad política y social y la pervivencia de una violencia generalizada provocan desplazamientos forzados de población, y cómo estos se consolidan como instrumentos para, precisamente, ahondar en dicha inestabilidad.

La existencia de desplazados internos y refugiados no es, en el caso de Irak, una novedad. Durante el régimen de Saddam Hussein, en las regiones kurdas del norte y en el sur chií, los movimientos forzados y las huidas masivas fueron habituales (sólo hay que reseñar las operaciones Anfal de 1987 y 1989), mientras que la existencia de refugiados iraquíes o iraníes formaba parte de la política de confrontación entre los regímenes de Irán e Irak. Pero lo cierto es que la situación se recrudeció considerablemente después de la invasión de 2003. Según las Naciones Unidas, poco antes de la intervención militar que los Estados Unidos lideraron para acabar con el régimen baazista, en el norte de Irak había cerca de 800.000 personas, la mayoría de ellas kurdas, unos 100.000 chiíes, y un número reducido de kurdos desplazados en el centro del país, mientras cerca de 600.000 personas habían buscado refugio en los países vecinos.

En el actual Irak, los refugiados y, principalmente, los desplazados, han adquirido una nueva y dramática dimensión. Una vez finalizada la guerra de 2003, han sido muchos los iraquíes que se han convertido en víctimas, por activa y por pasiva, de su propio Gobierno. La inseguridad y la indefensión han obligado a grandes volúmenes de población a desplazarse en busca de un entorno más seguro y, en muchos casos, culturalmente afín. Según las Naciones Unidas, en noviembre de 2007, unos cuatro millones de ciudadanos iraquíes habían sido obligados a abandonar sus casas, y la cifra continuaba creciendo con los 60.000 que, mensualmente, se veían obligados

a hacerlo, especialmente debido a la violencia continuada en las regiones del centro y norte del país. De esta ingente cifra, la mitad había buscado refugio en los países vecinos (un 95%, mientras un 4% se había desplazado a Europa y el resto a América del Norte y Australia), algunos de los cuales están estableciendo mecanismos para proteger sus fronteras y limitar el número de refugiados que entran en sus territorios.

En los años recientes se constata cómo los refugiados y, especialmente los desplazados, se han convertido en actores involuntarios, a la vez víctimas y protagonistas de la perpetuación de la inestabilidad

Como indican las cifras de las distintas organizaciones internacionales que trabajan sobre el terreno, el número de desplazados en Irak casi se dobló después de los bombardeos de la mezquita de Samarra en febrero de 2006. Este incidente fue un punto de inflexión clave a partir del cual se recrudecieron los ataques entre grupos chiíes y suníes, y se consolidaron los movimientos de carácter étnico de los desplazados. La tendencia general constata como la mayoría de la población chií se desplaza desde Bagdad, Anbar y Salah al Din a las regiones meridionales de Najaf, Qadissya y Karbala, en una ruta que los desplazados suníes emprenden en la dirección opuesta. Otros grupos minoritarios, como los cristianos o los sabeanos/mandeanos, también huyen de las amenazas y las intimidaciones, y muchos se dirigen a las regiones kurdas del norte donde, de manera autónoma, los grupos kurdos han establecido unos mínimos de seguridad de los que carece el resto del país.

De retorno, estabilidad y paz

Como se puede apreciar, de modo puntual en el caso del Líbano y de manera más estructural en el caso de Irak, en los años recientes se constata cómo los refugiados y, especialmente los desplazados, se han convertido en actores involuntarios, a la vez víctimas y protagonistas de la perpetuación de la inestabilidad. Las complicadas circunstancias que acom-

pañan a cualquier flujo de refugiados o desplazados toma en Oriente Medio un carácter especialmente dramático, por cuanto se hace evidente que la existencia de estas poblaciones vulnerables es un resultado buscado y que se repite con cierta regularidad. Actores gubernamentales, por activa o por pasiva, y grupos opositores parecen haber descubierto en los desplazados un mecanismo para generar inseguridad y dificultar la reconstrucción, puesto que su instrumentalización tiene mayor incidencia que los ataques mortales a la población civil. Las migraciones forzadas afectan a un mayor número de personas sin generar la misma condena internacional que si se hablara de víctimas mortales (cuatro millones en el caso de Irak), y tienen unos efectos –de reconstrucción urbanística pero también social, económica y política– que se perpetúan más allá de la resolución pacífica del conflicto. El lento proceso de retorno de cerca de un millón de ciudadanos en el Líbano y los dos millones de desplazados (léase personas sin hogar, sin garantías de seguridad y sin acceso a servicios básicos por señalar algunos efectos) que existen actualmente en Irak, dan cuenta de la magnitud de una parte del drama humanitario que se vive hoy en Oriente Medio. El retorno de los refugiados y de los desplazados es un gran reto pendiente para la región, y es seguramente el más complejo de resolver, en la medida que hacerlo implica pacificar y estabilizar una región que, hoy por hoy, sigue siendo un polvorín inestable.

Bibliografía

- INTERNATIONAL CENTRE FOR MIGRATION POLICY DEVELOPMENT (ICMPD). *Irregular Transit Migration in the Mediterranean: some facts, futures and insights*. Viena: ICMPD, 2004.
- NACIONES UNIDAS (Departamento de Asuntos Económicos y Sociales). *International Migration in the Arab Region*. División de Población. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. Naciones Unidas, pp. 1-28, 2006.
- O'DONNELL, Kelly y NEWLAND, Kathleen. *The Iraqi Refugee Crisis: the need for action*. Washington: Migration Policy Institute, 2008.
- PINYOL, Gemma. «Orient Mitjà en moviment: refugiats, desplaçats i migrants econòmics». *Revista Àmbits de Política i Societat*, n° 35, pp. 38-43.
- ROMANO, David. «Whose house in this anyway? IDP and Refugee Return in post-Saddam Iraq». *Journal of Refugee Studies*, n° 18 (4), pp. 430-453, 2005.